

mas, como si no las hubiera derramado abundantemente, y satisfecho por ellas en tantos años de piedad y de caritativos ejercicios. Sufrió con una paciencia invencible los muchos dolores y angustias que le ocasionaban cinco enfermedades que padeció á un mismo tiempo, sin que en el discurso de todas ellas se le hubiese oído una sola queja. Agravada, en fin, la enfermedad, se le administraron los santos sacramentos, que recibió con suma devoción é inexplicable consuelo de su alma. Llamó á sus hijos, dióles su bendición, exhortólos al amor fraternal, á cuidar exactamente de los enfermos y al ejercicio de todas las virtudes; y habiendo fijado sus ojos en un santo crucifijo, repitiendo los dulcísimos nombres de Jesus y de Maria, exhaló su alma con aquella tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso tránsito el día 14 de julio de 1614, siendo á la sazón de sesenta y cinco años de edad. Su portentosa santidad fué acreditada por Dios; ya con el suave olor que exhalaba su cadáver, el cual quedó con extraordinaria hermosura, ya con varios milagros que por su intercesión obró la divina Omnipotencia. Benedicto XIV, habiendo precedido el informe correspondiente, le beatificó en 1742, y en el día 29 de julio de 1746 el mismo santo padre le puso con la mayor pompa en el catálogo de los santos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Bamberga, san Henrique I, emperador, que con su esposa santa Cunegundis guardó perpetua castidad, y ganó para Jesucristo á san Estéban, rey de Hungría con casi todo su reino.

En Oporto, la fiesta de los mártires san Eutropio, santa Sózima y su hermana santa Bonosa.

En Cartago, san Catulino, diácono, cuyo elogio pronunció san Agustín en un sermón al pueblo; y los

mártires san Januario, san Florente, santa Julia y santa Justa, cuyos cuerpos fueron depositados en la basilica de Fausto.

En Alejandria, san Felipe, san Zenon, san Narseo y diez niños, mártires.

En la isla de Tenedos, san Abudemo, mártir, que padeció bajo el poder de Diocleciano.

En Sebaste, san Antioco, médico, decapitado bajo el presidente Adriano; y como viese el verdugo Ciriaco salir leche en vez de sangre de la santa cabeza, se convirtió él también á Jesucristo y padeció el martirio.

En Pavia, san Félix, obispo y mártir.

En Nisibe, la fiesta de Santiago, obispo de aquella ciudad, varón de gran santidad. Esclarecido en milagros y erudición, fué del número de los confesores que, en el tiempo de la persecución de Galerio Maximiano, en el concilio de Nicea condenaron la perversidad de Arrio, oponiéndole el dogma de la consustancialidad. Por el mérito de sus oraciones y las del obispo Alejandro, recibió el mismo Arrio una recompensa digna de su maldad, reventándosele las entrañas en Constantinopla.

En Nápoles en la Campaña, san Anastasio, obispo de aquella ciudad, quien, habiendo padecido muchos ultrajes del impío Servio su sobrino, y sido echado por él de su silla, murió devorado de pesares en Verules, adonde se habia retirado en tiempo de Carlos el Calvo.

En Palermo, la invención del cuerpo de santa Rosalia, virgen, el cual, hallado en el pontificado de Urbano VIII de un modo milagroso, libró á la Sicilia de la peste el año del Jubileo.

En Champaña, santa Evronia, virgen.

Cerca de Chinon en la Turena, san Juan del Montier, presbítero, natural de Breñaña.

En Angers, san Benito, obispo, del que hay reliquias en san Maurillo.

En Vic, diócesis de Metz, san Bernardo, confesor.

En Sirmich, los santos mártires Agripino, Segundo, Máximo, Fortunato y Marcial.

En Ferden en Sajonia, san Herruc, obispo de aquella ciudad.

En Moscou, san Volodimer, duque.

En Escandinavia, san David, abad, del orden Cluniacense.

En Valencia en España, la bienaventurada Teresa, princesa, cuyo cuerpo se venera en aquella ciudad, en la iglesia de Nuestra Señora de Gracia.

*La misa es propia, y trata de la caridad del santo :
la oracion es la siguiente.*

Deus, qui sanctum Camillum ad animarum in extremo agone luctantium subsidium singulari charitatis prærogativa decorasti; ejus, quæsumus, meritis spiritum nobis tuæ dilectionis infunde, ut in hora exitus nostri hostem vincere, et ad celestem mereamur coronam pervenire. Per Dominum nostrum...

La epistola es de la primera de san Juan evangelista, cap. 3.

Charissimi: Nolite mirari si odit vos mundus. Nos scimus quoniam translati sumus de morte ad vitam, quoniam diligimus fratres. Qui non diligit, manet in morte: omnis, qui odit fratrem suum, homicida est. Et scitis quoniam omnis

O Dios, que adornaste á san Camilo de una singular prerogativa de caridad para socorrer á las almas que luchan en la última agonía, infunde en nosotros por sus merecimientos el espíritu de tu amor, para que en la hora de nuestra muerte merezcamos vencer al comun enemigo, y llegar á la corona celestial. Por nuestro Señor...

Carisimos: No os admireis de que os aborrezca el mundo. Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de la muerte á la vida, porque amamos á los hermanos. El que no ama está en la muerte: todo aquel que aborrece á su hermano es homi-

homicida non habet vitam æternam in semetipso manentem. In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit: et nos debemus pro fratribus animas ponere. Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere, et cluserit viscera sua ab eo: quomodo charitas Dei manet in eo? Filioli mei, non diligamus verbo neque lingua, sed opere, et veritate.

cida. Y vosotros sabeis que todo homicida no tiene existente en sí mismo la vida eterna. En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que expuso por nosotros su vida; y nosotros tambien debemos exponerla por los hermanos. El que tuviere los bienes de este mundo, y viere que su hermano tiene necesidad, y cerrare sus entrañas á la compasion de él, ¿cómo existirá en este la caridad de Dios? Hijuelos míos, no amemos de palabra, ni con la lengua, sino con la obra y con la verdad.

REFLEXIONES.

Una verdad esencial nos propone san Juan evangelista en la epistola de este dia, en la cual estriba todo el edificio de la virtud, y todo el orden de la vida cristiana. Esta verdad se reduce á que el amor del mundo, y el amor de Dios y del prójimo son dos amores opuestos. El mundo no estima sino sus obras, aborrece la luz, está enemistado con el orden, ama la confusion, y entonces está mas satisfecho cuando vive entre tinieblas. Por esta causa aborrece y persigue á los hijos de luz, esto es, á aquellos que siguen los consejos y preceptos del Padre de las luces; pero san Juan advierte que no nos debemos maravillar de que el mundo nos aborrezca, porque en esto mismo da una prueba de su maldad, y otra de la excelencia de la caridad y de lo provechoso que es el amor de Dios y del prójimo. El ejemplo de Abel y de Cain confirma lo uno y lo otro; en el primero se significa el amor de Dios, y en Cain el amor del mundo. Las obras de este eran malas, las de su hermano santas y justas; por esta causa sufrió el inocente Abel la

persecucion de su hermano hasta llegar al punto de perder la vida. Todo esto nos enseña que debemos hacer todos los sacrificios mas dolorosos para conservar en nosotros la virtud de la caridad. Ella es, segun nos dice la Escritura, el vínculo de la perfeccion, porque une, estrecha y ata entre sí á todas las virtudes, de manera que su sola posesion califica la vida de perfectamente cristiana. El mismo apóstol san Juan lo insinúa cuando asegura que el mas mínimo defecto en la caridad nos acarrea la muerte del pecado. Por el contrario, el que desee tener en sí la vida permanente de la gracia, debe ejercitarse en las obras de caridad, amando á Dios primeramente, y por Dios al prójimo.

Pero debe estar advertido todo cristiano que, obrando de esta manera, ha de sufrir las contradicciones del mundo. Este es sumamente zeloso, y su zelo pasa con facilidad á envidia, y de envidia á furor. Siente que no se amen las cosas que á él le pertenecen, y en que propone á los hombres unos bienes aparentes y falsas delicias. Se contrista cuando ve emplear en otro objeto el amor y las atenciones que desea para sí mismo. De aquí nace aquel ímpetu, aquel furor con que persigue á aquellos hombres felices, cuyos corazones llegaron á penetrarse del amor de sus hermanos. No hay ardid de que no se valga para retraerlos, ni medio que no emplee para desacreditar su conducta. Exagera hasta lo sumo los trabajos y penalidades de la vida activa; pinta con los colores mas negros el semblante de los enemigos; pondera lo intolerable de las injurias; y cuando con estas tretas no puede apartar al cristiano de los ejercicios de la caridad, da á esta virtud nombres odiosos que suelen atemorizar muchas veces á los que no estén en ella muy radicados. Califica de soberbia y de deseo de señalarse entre los demás aquel esmero fervoroso, con que procuran

los caritativos averiguar las necesidades de sus hermanos, y hallar todos los medios de socorrerlas. Calumnia muchas veces al caritativo, notándole de avariento y ambicioso, suponiendo que convierte en su propio provecho parte de los bienes que consigue para los pobres; y cuando esto no suceda, que solicita conseguir por este medio su exaltacion y su gloria. Y dado caso que le salgan fallidas estas trazas, tiene el comun asidero de calificar de hipocresía la mas acendrada virtud. Tales son los artificios de que se vale el mundo contra la caridad; pero son artificios que, descubiertos y prevenidos de antemano por la divina sabiduria, no deben servir para otra cosa que para hacer la virtud del cristiano mas ilustrada y segura. Apenas ha habido un justo, cuyas operaciones no hayan sido calumniadas; y esto mismo es una prueba de la malignidad del mundo, y un excitativo poderoso para no acobardarte cuando tú las padezcas por el ejercicio de la caridad.

El evangelio es del cap. 15 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Vos amici mei estis, si feceritis quæ ego præcipio vobis. Jam non dicam vos servos: quia servus nescit quid faciat dominus ejus. Vos autem dixi amicos: quia omnia quæcumque audivi à Patre meo, nota feci vobis. Non vos me elegistis; sed ego elegi vos, et posui

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Mi mandamiento es este, que os améis mutuamente, como yo os he amado. Ninguno tiene mayor caridad que aquel que da su vida por sus amigos. Vosotros seréis amigos míos si hiciéreis lo que yo os mando. De aquí en adelante no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero yo os he llamado amigos, porque os he hecho saber á vosotros todo cuanto oí de mi Padre. No sois vosotros los que me elegisteis;

vos ut eatis, et fructum affe-
ratis; et fructus vester ma-
neat: ut quodcumque petieritis
Patrem in nomine meo, det
vobis.

sino que yo os elegí á vosotros,
y os destiné para que vayais,
y hagais fruto, y vuestro fruto
sea duradero; de modo que
cualquiera cosa que pidais á
mi Padre en mi nombre, os la
conceda.

MEDITACION.

SOBRE EL AMOR DEL PRÓJIMO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que Jesucristo dice que el amar al prójimo es su precepto por excelencia, como que en él se cifran y reunen todas las perfecciones de la vida cristiana, y que de consiguiente debes moverte á ejecutar sus obras maravillosas, no contentándote con la medianía.

No se puede dudar que al mismo tiempo que Jesucristo llamó al precepto de amar al prójimo precepto suyo, denotó la predileccion que de él tenia respecto de los demás preceptos; que encargaba á los hombres particularmente su observancia, como de una cosa que llevaba todas las atenciones de su corazon; y últimamente, que en él constituia la suma necesidad para llegar á la felicidad eterna. Este precepto se explica por estas palabras: Amarás á tu prójimo como á ti mismo; palabras cuya inteligencia nos advierte de todas nuestras obligaciones, si previamente formamos de nuestra religion sacrosanta un juicio justo y exacto. Por ellas se nos manda que amemos á nuestro prójimo de la misma manera que nos amamos á nosotros mismos. ¡Pero, ó gran Dios, cuánta variedad hay entre los hombres acerca del amor con que á sí mismos se aman! Hay hombres que como si no tuvieran una alma racional, cuyo espíritu incorruptible ha de durar para siempre, solo aman

en sí lo animal, lo sensitivo y lo perecedero. Manifiestan este amor procurándose todas las delicias posibles, todos los objetos de los sentidos, y todo aquello á que los arrastra su depravada concupiscencia. Estos tales se aman á sí mismos, pero de un modo que seria un delito el amar al prójimo de la misma manera. Por eso dice san Agustin (1): *Mira primeramente si sabes amarte á ti mismo, y en tal caso te encomendaré tu prójimo, para que le ames como á ti mismo.* A lo cual añade san Próspero: *Entonces amamos al prójimo, cuando atendemos á su salud, para que la emplee en las buenas costumbres y en obras útiles, para la consecucion de la vida eterna.*

De aquí se infiere que debemos amar al prójimo, deseando que practique como nosotros la virtud, y ayudándole para ello con las obras exteriores. Esto se explica con aquellas palabras de que usan los maestros de espíritu, cuando dicen que se debe amar al prójimo con el deseo y con la obra. En lo primero se significa que le debemos desear todos los bienes imaginables, y en ellos una verdadera felicidad; en lo segundo, que para este efecto debemos ayudarle con nuestras buenas obras, considerando que es la imágen de Dios pintada por su mano en la creacion, para que en ella reconociésemos á nuestro Dios, y nos moviésemos á amarle; considerando tambien que nuestro prójimo fué redimido con la preciosa sangre de Jesucristo como lo fuimos nosotros, que es decir, que debemos amarle como á una cosa tan preciosa, que no dudó Dios dar por ella un precio infinito; y últimamente, considerando que nuestro prójimo es una parte nuestra, como miembro que es del cuerpo místico de la Iglesia, *en la cual, dice san Pablo, muchos individuos formamos un cuerpo en Cristo, y cada uno es miembro y parte del otro.* Todas estas consideraciones

(1) Lib. 1, de Vit. cons. cap. 15.

te persuaden la necesidad, la obligacion y la excelencia de la caridad, y al mismo tiempo que no debes contentarte con unos oficios comunes en esta materia, sino que á imitacion de san Camilo debes aspirar á su mayor perfeccion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor propio es un enemigo tan sutil y astuto, que suele embarazar aquellas obras heroicas en que se manifiesta con mayor brillo la caridad cristiana, persuadiendo á los hombres que en su ejecucion han de padecer muchos daños.

Entre todas las obras de misericordia con que se manifiesta la caridad, una de las mas brillantes es visitar á los enfermos, socorrerlos, cuidarlos y darles todos los auxilios que son necesarios para su curacion y restablecimiento. Todo esto no se puede ejecutar sin vencer primero una multitud de repugnancias que opondrá nuestro amor propio, y que no se hallan en las demás obras de misericordia. El comunicar á otro las luces de sabiduría de que estás adornado; el dirigir sus operaciones con tus consejos, y el emplear tu hacienda en aliviar sus necesidades corporales, son unas obras en que nada se aventura. Tal vez de ellas mismas te resulta honor, y tu vanidad encuentra un cebo con que alimentar aquel deseo que tienen los hombres de manifestarse superiores los unos respecto de los otros. Aun la distribucion de los bienes temporales se hace sin repugnancia cuando hay una mediana fortuna, y lleva consigo la recompensa del agradecimiento. Pero el asistir á aquellos miserables hermanos nuestros que yacen sumergidos entre la hediondez de las enfermedades, entre los peligros del contagio, y sobre todo el auxiliarlos cuando están cercanos á la muerte, causa un horror que suele espantar á nuestra flaca naturaleza. Todos los sentidos

encuentran en estos objetos un martirio que los atormenta. Los ojos ven la podredumbre, la miseria, la pobreza y todos los males que oprimen al enfermo. El olfato es atormentado con el hedor intolerable que despiden de sí unos cuerpos miserables que están próximos á su disolucion. La imágen del dolor y de la muerte se clavan en el corazon del hombre, y amedrentan á su alma. El amor propio aviva y aumenta todas estas imágenes, y hace concebir un peligro próximo de vernos tan miserables como aquellos infelices á quienes debemos socorrer, y llega á persuadirnos que no estamos obligados á hacerlo, porque tenemos obligacion de cuidar de nuestra propia vida.

Si se consideran con reflexion todos estos inconvenientes, se hallará que son unas ilusiones con que el amor propio nos engaña, y con que pretende despojar á la caridad de sus derechos. San Juan evangelista (1) da la idea mas sublime de esta grande virtud, manifestando en pocas palabras la conducta que debemos observar en su práctica, y las razones de esta conducta. *La caridad de Dios, dice, se hizo patente á nuestros ojos, en que el mismo Dios expuso su vida por nosotros; y en consecuencia, tambien nosotros debemos exponer las nuestras por nuestros hermanos.* Este ejemplo del Hijo de Dios, Jesucristo, es tan patente, y persuade con una eficacia tan poderosa, que no se puede resistir. Él dió su preciosa vida en los tormentos de una cruz para la redencion del género humano, y para libertar á nuestra naturaleza de los males y enfermedades á que estaba sujeta por la culpa. El mismo Hijo de Dios publicó que no era digno de llamarse discipulo suyo el que no seguia sus pasos. De aquí se infiere que tienen los cristianos una obligacion estrecha de imitar á Jesucristo, exponiendo su

(1) Ep. 1, cap. 3.

vida en beneficio de sus prójimos. Esto mismo persuade el orden de la caridad, según el cual, nuestro amor debe emplearse en el mayor bien. Primero debemos amar á Dios que al prójimo, porque Dios es un bien sumo, en donde se reúnen todas las razones que puede tener el hombre para amar, las cuales son infinitamente superiores á las que se encuentran en las cosas criadas. De la misma manera, el bien espiritual del prójimo se debe preferir á los bienes propios temporales, sin exceptuar de ellos la vida, porque así lo exige el orden de la caridad, así lo enseña la sagrada Escritura, y así lo practicó el mismo Jesucristo. Reflexiona y medita bien la conducta de san Camilo, principalmente en la asistencia de los apestados, y hallarás que la flaqueza humana puede con la gracia seguir los grandes ejemplos de tu Redentor, como en efecto los siguieron tantos varones piadosos.

JACULATORIAS.

In hoc apparuit charitas Dei in nobis; quoniam ille pro nobis animam suam posuit. Joan. Ep. 1, cap. 3.

El amor que Dios nos tiene se manifestó en que dió gustosamente su vida para que nosotros tuviésemos una felicidad eterna.

Si sic Deus dilexit nos, et nos debemus alterutrum diligere. Joan. Ep. 1, cap. 4.

Puesto que Dios nos ama sacrificando lo temporal por lo eterno, de la misma manera debemos nosotros amar á nuestros hermanos, despreciando por ellos los peligros.

PROPOSITOS.

1. La caridad, dice san Pablo, todo lo vence, todo lo supera, todo lo disimula, por todo pasa. El que es verdaderamente caritativo únicamente se propone en

sus operaciones aquel sublime principio de Jesucristo que se halla en el capítulo 6 de san Lucas: *Haced con los hombres todo aquello que deseariais que ellos hiciesen con vosotros.* En esta suposición, imagínate enfermo de una enfermedad asquerosa, oprimido de la indigencia, falto de todos los auxilios de la fortuna, y reducido al miserable estado de no poderte socorrer á tí mismo. Imagínate en un hospital rodeado de otros enfermos y de algunos cadáveres, sujeto á presenciar los horrores de la muerte, debilitados tus miembros, fatigado de los dolores de la enfermedad, cubierto de podredumbre y de miseria, y sufriendo el hedor y las asquerosidades de una pestífera enfermedad. En este estado, ¿cuáles serán tus pensamientos? ¿qué es lo que desearias entonces que practicasen contigo tus hermanos? ¿qué juicio formarías de aquellos corazones duros, en los cuales no hiciesen mella tu miseria y tus lamentos? ¿qué estimación te merecerían las vanas excusas del aseo, de la náusea y del peligro de la vida que opusiesen tus prójimos para eximirse de socorrerte? ¿cómo podrias persuadirte que eran verdaderamente cristianos é imitadores de Jesucristo los que te dejasen morir abandonado á tu enfermedad, á tu podredumbre y á tu miseria? No hay duda que, constituido juez de ellos, y habiéndoles de juzgar por el código del Evangelio, pronunciarías contra ellos sentencia, declarándolos no solamente malos cristianos, sino enemigos de Jesucristo y quebrantadores de su ley sacrosanta. Los acusarías de duros, de crueles y de impíos; ó á lo menos no les podrias perdonar el que en aquel conflicto no te favoreciesen con socorros espirituales que fortaleciesen tu alma y te animasen á la paciencia. Esto mismo te debe convencer de que estás tú obligado á hacer estos mismos oficios con tus prójimos que se hallan en igual miseria. Tú desearias que te asistiesen, que te

limpiasen, que te administrasen las medicinas, y que consolasen tu alma con discursos espirituales; pues né aquí lo mismo que tú debes hacer segun el principio establecido por la justicia infinita. La ejecucion es difícil, es trabajosa, considerada nuestra flaqueza. Todo el conjunto de errores que se presentan en las miserias de esta clase, arredran á primera vista al que no está bien cimentado en la caridad; pero el que posee esta sublime virtud, vence con facilidad todas las repugnancias de la naturaleza, y llega felizmente á la práctica de aquellas heróicas obras á que estimula la gracia. Propon manifestarte de hoy en adelante convencido de estas santas consideraciones. Procura asistir á los hospitales, visitar caritativamente á los enfermos; ayudarlos con regalos y medicinas, si te ha dado posibles para ello la divina misericordia; y sino, suple este defecto con pláticas espirituales y palabras de consolacion, que animen á tus hermanos á sufrir los trabajos con paciencia, y á resignarse en todo con las santas disposiciones de la divina sabiduría.

DIA DIEZ Y SEIS.

LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN,
Ó DEL SANTO ESCAPULARIO.

Siendo tan célebre y tan autorizada en la Iglesia la fiesta de nuestra Señora del monte Carmelo, llamada vulgarmente (en otras partes) la fiesta del Escapulario, es muy justo referir su historia en este día, singularmente consagrado á tan santa devocion, aprobada por tantos pontífices, confirmada con tantos milagros, establecida con tanto fruto en casi todas las partes del mundo cristiano, y en todas con tan visible provecho de los fieles.

T. 7.

P. 354.



NTRA SRA DEL CARMEN.